



## DOS NATURALEZAS.

---

**M**IRA—dije al amigo que me acompañaba—algo allá lejos, interrumpiendo la monotonía del paisaje. Después del Madrid repleto de vida, es verdad, pere de vida enferma, así en lo moral como en lo físico, vida que tiene más fiebre que energía y más desaliento que reposo, estos campos áridos, secos, uniformes, sin un arroyo donde vibren los suspiros de la onda, ni un árbol donde resuene el gorjeo de un pájaro, entristecen;

son como la transición rápida de una saturnal á una fosa. Y no es esto precisamente lo que el alma fatigada desea, sino un lugar que participe de lo agradable y de lo tranquilo, propio para alejar del pensamiento esos jirones de vapor obscuro que la sociedad ofrece y rodearla con esos otros jirones de vapor blanco que la naturaleza presta. A nosotros, fatigados por el continuo afán de la lucha diaria, nos precisa, durante los breves instantes de inercia que forzosamente nos dominan, un paraje que reúna, á todos los encantos de la luz, todos los misterios de la sombra. Y, ó mucho me engaño, ó aquella agrupación de árboles que allí se descubre es el apetecido término de nuestra expedición campestre.

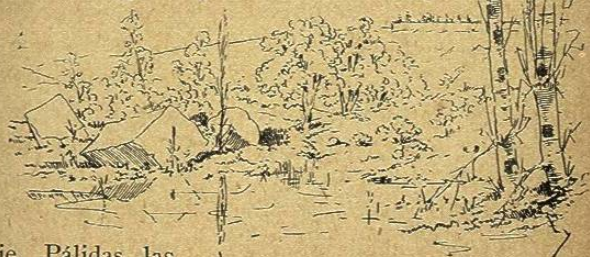
En efecto, nunca pude yo imaginar que estos alrededores de Madrid, miserables y poco armónicos, ocultaran entre las raquíticas ondulaciones de sus áridos montículos panorama tan delicioso como el ofrecido á nuestra vista en aquella investigación de las afueras, limitadas por el modesto barrio de Chamberí.

Próximo al cementerio de la Patriarcal, un poco á la izquierda de sus tapias, álzase el sitio que en estas escuetas é interminables llanuras viene á ser para el paseante lo que el *oasis* para

la caravana en las caliginosas arenas del desierto, y como este *oasis* diminuto ha de componer el fondo de mi cuadro, juzgo lo más natural describirlo tal y como lo vieron mis ojos la tarde de otoño en que un sol templado, un cielo azul y una atmósfera transparente se unieron para iluminar y embellecer aquel conjunto de originalidad y poesía.

\*  
\*  
\*

Hileras múltiples de álamos blancos cuyas hojas tiemblan imperceptiblemente al contacto de los besos silenciosos con que el aire, ese eterno adorador del vegetal, la acaricia, ocupan el primer término del pai-



saje. Pálidas las hojas y dominadas por la nostalgia de la primavera, se inclinan al suelo, mientras el tronco, rec-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

to y liso, dirígese á la altura implorando melancólica y dignamente compasión para las mismas, que nutre su savia. La tierra, salpicada de mil caprichosas hierbezuelas, parece una alfombra de plumas hecha ex profeso para los pies de la ondina que, á no dudarlo, mora en las profundidades de la estrecha laguna oculta por las ondulaciones del terreno, y que á esas horas en que la luna, como amante sin consuelo, recorre el espacio infinito, morada de los astros, sacude sus flotantes y abundosas trenzas y entreabriendo las ondas abandona su lecho de esmeraldas para dar al viento amorosos suspiros, que recoge, allá en el espacio de las quimeras y de los sueños, un ser alado que de léjos la persigue.

Hermoso panorama, digno de las vegas andaluzas ó de las ruinas helénicas, donde he gozado uno de los momentos más felices de mi existencia cuando, recostado en un peñasco, la mirada indecisa y vaga, saturado el espíritu de alegría y la imaginación de esperanzas, lo contemplé. ¡Qué mayor ventura para mí que la contemplación de aquel lienzo sublime cubierto por el pincel divino de enérgicos tonos y poéticos colores! Dos hombres que sienten y se comunican sus sentimientos con toda la efusión de una amistad cuyos lazos formó la desgracia; una naturaleza espléndida. y

allí, en el fondo, la casita modesta, más que modesta, pobre, donde el cuerpo hallaría reposo y el pensamiento soledad.

¿Qué faltaba, pues, para que el idilio fuese completo? ¿La mujer? También existía, y, sin embargo, era el único punto negro, la única tiniebla que no iluminaba aquel derroche majestuoso de luz.

\*  
\*\*

Mujer fué aquella que me produjo una impresión extraña, igual en todo á la que produciría, de ser posible, un latigazo dado sobre el corazón cuando está dormido. Su conjunto tenía algo de monstruoso, no porque le faltase belleza de líneas y fuego de expresión, sino todo lo contrario, porque había exceso de una y de otro.

Morena, con ese moreno limpio de las razas meridionales europeas, de pelo negro rizado y ojos negros también, en cuya brillante pupila relampagueaba la misteriosa desesperación del porvenir, labios sensuales y entreabiertos, dientes menudos y encajados como impidiendo el paso á la maldición horrible que lanza el organismo espiritual, casto, contra el organismo material impuro;

la garganta de curva irreprochable, y el cuerpo flexible, lascivo, cubierto de harapos que la repugnaban; la calentura del deseo arrojándose en una belleza infernal: he aquí lo que representaba aquella mujer.

Cuando nosotros la vimos estaba arrodillada al borde de la laguna golpeando con sus pequeñas y nerviosas manos un trozo de lienzo. Al escuchar nuestros pasos se detuvo, alzó la frente y nos miró; sus ojos se clavaron en los míos; yo los bajé avergonzado; no pude soportar su mirada.

Aquella joven, desconforme con su actual situación, buscaba evidentemente un medio cualquiera para abandonarla, estaba en acecho de una ocasión; no cabía duda, su mirada lo había dicho más claro que cualquier palabra por expresiva que fuese. Sentíase hermosa, capaz de brillar en otro mundo distinto del que la suerte le ofrecía; acaso alguna vez, en la ciudad, se codeó con señoras que, sin valer lo que ella, iban mejor vestidas, y tuvo aspiraciones de igualarlas; tal vez el lenguaje de los hombres de su clase no le agradaba y buscaba otro que llegase más á su corazón que aquél; ¿quién sabe si algún día le oyó ligeramente y como de pasada, y desde entonces le persigue afanosa? Lo cierto es que ella se re-

volvía en sus harapos como se revuelve el tigre en su jaula.

Y para comprender esto no era preciso esforzarse mucho. Aquella aspiración infinita era ingenua; se presentaba francamente, sin hipocresía. Su mirada quiso decirme: «Ofrece, que acepto.»

Yo me sentí atraído y avancé, pero me detuve en el camino.

¿Qué podía yo ofrecerle? Un porvenir de deshonra. Porque aquella mujer es uno de esos destinos sombríos que construye en la soledad una mano implacable. Arrojada al mundo, estoy seguro de que no habrá fuerza humana suficiente á detenerla; rodará de una manera confusa y rápida desde esa cima perfumada que se llama amor, hasta ese lodazal inmundo que se llama prostitución. Esos labios voluptuosos, esa pupila ardiente encierran un ansia infinita de goces que nadie podrá realizar. Si se arroja, rodará al fondo. Que otro la empuje. No quiero hacerme cómplice de ese crimen comenzado por la Naturaleza.

Mientras yo, hacía estas reflexiones, ella me contemplaba con curiosidad.

—¿Les gusta á los señores este sitio?—nos dijo. Su voz era dulce, iasinuante....

No acerté á responderla; cogí por el brazo á mi

amigo y murmuré á su oído con acento nervioso:

—¡Oh, vamos, vámonos de aquí!

Mi amigo me miró sonriendo y echó á andar.

\*  
\*  
\*

Vosotros, los que leáis este artículo, si alguna vez os dirigís al lugar que os he citado y veis á esa muchacha, dejadla, os lo suplico; no la arrastréis con vosotros; dejad que se agoste en la soledad esa flor de infamia nacida entre las ondas de una laguna y los muros de un cementerio.

No seáis el instrumento caprichoso de que se aproveche el destino en sus frías é implacables combinaciones.....



## JUANITO FERNÁNDEZ.

**D**ECIDIDAMENTE era un buen muchacho Juanito.

Alegre, decidor, elegante, rico, bien educado, bailarín incansable, gracioso, bromista, vestido siempre á la última moda, no había reunión donde no fuera recibido con gusto, ni muchacha á quien no impresionaran sus atractivos, ni mamá de muchacha que no viese en Juan un partido más que aceptable para su hija.



Verdad es que el mozo se emborrachaba algunas veces — con *champagne* por supuesto — que jugaba las más, que tenía queridas, que había dado muerte en desafío á un hombre honrado, lego en materias de esgrima, y que, examinado cuidadosamente, resultaba falto de sensibilidad, poco instruído y un sí es no es quebradizo de conciencia. Pero ¿qué era esto comparado con lo ameno de su conversación, lo irreprochable de su saludo, la viveza de su ingenio, lo simpático de su figura y cinco mil duros de renta? Nada; ligerísimos defectos que desaparecen con la edad y se modifican con los años.

Un aliciente más, como decía cierta viuda alegre ocupándose del asunto.

Es lo cierto que á Juanito se le dispensaban sus faltas en atención á sus méritos; que las señoras le juzgaban *algo aturdido, pero con buen fondo*, y que los hombres serios, esos graves y sesudos señores encanecidos en la experiencia y muy dispuestos con sus teorías filosóficas y políticas á moralizar y reconstituir las sociedades, si encontraban al héroe de estos apuntes después de uno de aquellos escándalos decentes que él solía dar una vez por semana, se contentaban con decirle, dándole palmaditas en el hombro:

— Calaverilla, ¿cuándo sienta V. esa cabeza?

Y añadían luego:

— No olvide V. que mañana nos quedamos en casa, y excusado es manifestarle hasta qué punto le agradeceremos que nos honre con su presencia.

Conocí yo á este sujeto hará próximamente dos años. Habitaba el cuarto segundo de la vivienda que nos era común, y se establecieron entre nosotros esas relaciones, si bien superficiales, indispensables á las gentes bien educadas, circunstancia que, unida al trato de un amigo de ambos, me hizo espectador de un hecho, el cual hecho define á maravilla el carácter de mi vecino.

Una noche, entre ocho y nueve de la misma, salíamos juntos de casa, y llegábamos á su puerta, cuando nos detuvimos para ceder el paso á una mozuela que, seguramente, por lo rápido de su andar y la caja de sombreros que llevaba en la mano, era una modista retrasada por caprichos de la parroquia en el camino de su obrador. Joven, casi una niña, de negros ojos, cintura flexible, tez pálida y formas correctas, cruzaba la calle menudeando el paso de sus pies chiquitines y mostrando en su rostro de virgen la pura tranquilidad de la inocencia.

—¡Hermosa mujer!— dijo mi vecino al verla.—  
Se puede hacer de ella una querida agradable.  
¿Quiere V. que la sigamos?—añadió.

—No, amigo mío—repuse— perdóneme V.,  
pero no tengo tiempo ni ganas.

—Entonces la seguiré yo solo—replicó él.—  
Conque..... adiós, y buena suerte. Lo diré yo  
mismo, ya que usted no lo dice.

—Adiós—le contesté; y perseguí con los ojos  
aquellas dos figuras, que ora se ocultaban entre  
las sombras de las altas fachadas, ora reaparecían  
bajo la amarillenta luz de un farol, caminando  
siempre la primera modesta, sencilla, humilde;  
la segunda, altiva, desafiadora, arrogante; una en  
pos de otra, siguiéndose de cerca, como sigue á la  
confianza el peligro.

\*  
\* \* \*

Desde entonces, todos, invariablemente todos  
los días, encontraba á Ju nito aguardando á la  
muchacha, y más tarde le veía en cierto café,  
donde refería á los allí presentes el estado de su  
conquista.

—¡Caramba si resiste!—solía decir.—Ella me  
quiere; pero se defiende ¡vaya si se defiende!.....

Gracias á que mi constancia y mi habilidad con-  
seguirán el triunfo.

Cierta noche, á los cuatro meses de comen-  
zados sus amores, llegó mi héroe al café, y de-  
jándose caer sobre un diván con aire satisfecho,  
exclamó, antes de que nadie le preguntara:

—Chicos, Luisa..... ¡por fin!.....—Y acompañó  
esta frase con un guiño de ojos tan expresivo y  
una sonrisa tan graciosa, que sus compañeros y  
admiradores soltaron una carcajada y le dieron la  
enhorabuena.

\*  
\* \* \*

Por aquel tiempo el género de trabajos á que  
yo me dedico hubo de obligarme á abandonar  
mis antiguos centros de reunión. Tal motivo,  
junto con mi cambio de morada á otra muy dis-  
tante de la que antes ocupé, me separó de Jua-  
nito. Sólo nos unían lazos de vecindad y con la  
vecindad concluyeron; también perdí la pista de  
sus amoríos, y es seguro que no volviera á acor-  
darme de ellos sin un suceso imprevisto, que paso  
á referir:

El amigo de quien hice mérito al comienzo de  
estas líneas—aquel amigo que, siéndolo mío, lo

era de Juan Fernández—me encontró una tarde.

—Tenemos varios asuntos que ultimar—me dijo—y la ocasión es oportuna; he de ver á Juanito ahora mismo; de suerte que, si V. quiere, le veremos: cumpliré con él y arreglaremos lo otro. Es cuestión de un momento; concluyo en seguida.

Accedí á sus deseos, y subimos juntos al Circulo N..., una vez en el cual, previo paso por algunos salones lujosamente decorados y la invitación que nos hizo un criado con librea, penetramos en la sala de juego, cuyos concurrentes no se desdoran frecuentándola, porque en ella se pierde el dinero con dignidad, y si se arruinan las familias, se arruinan con decencia.

Allí, frente á una mesa de *baccarat*, estaba Juanito *jugándose* unos cuantos miles de reales y apurando á pequeños sorbós una copa de *Vermouth*.

Nos saludamos, díjole mi amigo lo que tenía que decirle, y al separarse de él añadió:

—¡Se me olvidaba! ¿A que no sabes á quién he visto?

—¿A quién?—preguntó Juan.

—A Luisa.

—¿Qué Luisa?..... No adivino.

—Aquella chica que.....

—¡Ah! sí, sí; ya recuerdo.

—Pues la he visto en una casa..... en una casa horrible, donde me ha contado llorando que tú la abandonaste; que, sola, sin amparo, sin sostén alguno, fué cayendo, cayendo, hasta llegar á esa casa miserable, una vez en la cual la han vestido el cuerpo de seda y la han desnudado el alma de honradez.



Juanito parecía distraído; de pronto se puso lívido, y exclamó:

—¡Yo tengo la culpa, yo solo! ¡Nunca me lo perdonaré!

—El haber.....—dije yo.

—El haber perdido tres mil reales, cuando la jugada estaba clara como la luz..... Sólo yo soy capaz..... ¡Esto es vergonzoso!

—Es cierto, vergonzoso—repuse yo despidiéndome de Juanito con una inclinación de cabeza.

.....  
Hace cuatro ó cinco noches, estando yo en los Jardines del Buen Retiro, me acerqué á saludar á una familia, compuesta de una hija muy linda, pero muy tonta; de un padre severo, incapaz de tolerar faltas á sus inferiores, que ha escrito un



tratado de moral, y de una madre muy devota de todos los santos, muy cofrade de todas las cofradías y que no sólo cumple con la Iglesia en Pascua Florida, sino que parece estar siempre en peligro de muerte, según lo que menudea sus confesiones.

—¿No sabe V. que se casa Clarita?—me dijo la mamá señalando á la muchacha, que se puso muy colorada.

—No, señora; no lo sabía—respondí yo.—¿Y quién es el mortal afortunado?

—Juanito Fernández.

—¡Juanito!

—Sí—repuso el padre;—ese calaverilla me ha prometido sentar la cabeza.

—Y sobre todo—añadió la mamá—él será algo aturdido, pero tiene buen fondo. ¿No es así?

—Ya lo creo, señora—replique yo;—no lo sabe usted bien.

Y cogiendo el sombrero, me despedí de la futura suegra de Juanito.



## ENCARNACIÓN.

**E**RA una de esas mujeres marcadas por el sello infamante de la deshonor; máquinas humanas donde los apetitos sensuales pueden satisfacerse mediante el pago de cierta cantidad; esclavas de la miseria, cuyas gracias y aptitudes se